



**ASIMOV**

**FUNDACIÓN**

El hombre se ha dispersado por los planetas de la galaxia. La capital del Imperio es Trántor, centro de todas las intrigas y símbolo de la corrupción imperial. Un psichistoriador, Hari Seldon, prevé, gracias a su ciencia fundada en el estudio matemático de los hechos históricos, el derrumbamiento del Imperio y el retorno a la barbarie por varios milenios. Seldon decide crear dos Fundaciones, situadas en cada extremo de la galaxia, a fin de reducir este periodo de barbarie a mil años.

A MI MADRE  
*De cuyos auténticos cabellos grises  
yo soy una de las principales causas*

## El Ciclo de Tránton

En 1966, en la 24 Convención Mundial de Ciencia Ficción, celebrada en Cleveland, se otorgó el premio «Hugo»<sup>[1]</sup> a la mejor «serie de novelas» del género a la Trilogía de las Fundaciones de Isaac Asimov, de la que el presente título, *Fundación*, constituye la primera parte. El citado premio se estableció por primera vez aquel año, y no galardonaba, como los demás «Hugos», únicamente el mejor trabajo del año en su categoría (la «serie de novelas» no es un fenómeno tan frecuente como para poder establecer un premio anual en esta categoría), sino la mejor serie de CF hasta entonces escrita.

Y de lo que no hay duda es de que se trata de una de las obras más ambiciosas del género en cuanto a planteamiento y amplitud. Asimov toma como punto de partida de su narración-especulación el comienzo de la decadencia — en un remotísimo futuro— de un colosal imperio galáctico que abarca a toda la humanidad, diseminada por millones de mundos. La capital de este superestado cósmico es Tránton, un planeta íntegramente destinado a las tareas administrativas, totalmente dependiente de los suministros exteriores... y por ello extremadamente vulnerable... Un psicólogo y matemático genial prevé el derrumbamiento del Imperio y el subsiguiente caos, y decide emplear la ciencia psichistórica (una especie de psicología de masas matemáticamente estructurada) para reducir al mínimo el inevitable período de barbarie que antecederá a la consolidación de un Segundo Imperio.

Para ello establece dos Fundaciones, una en cada extremo de la Galaxia, con el fin de preservar el saber humano. A partir de aquí, se irán sucediendo diversas épocas —cuyo advenimiento vendrá marcado por otras tantas crisis— previstas por la psichistoria, en las que cambiarán las cabezas visibles del poder y las formas de ejercerlo, pero en las que la Primera Fundación (de la segunda no tendremos noticias hasta la última parte de la trilogía) irá expandiendo y afianzando cada vez más su influencia sobre la Galaxia.

Inspirándose directamente —como él mismo ha reconocido— en la historia de nuestro pasado, Asimov bosqueja los procesos sociopolíticos de su futuro hipotético, el paso de una forma de gobierno basada en la religión a una plutocracia más explícita, o, si se prefiere, del supersticioso Medioevo al Renacimiento, con sus príncipes de mercaderes.

Así, en este primer volumen asistimos a las «crisis de crecimiento» de la Primera Fundación, hasta que extiende sus dominios hacia el mismo centro de la Galaxia..., donde, inevitablemente, tropezará con los restos del antiguo Imperio, desmembrado y en continua decadencia, pero aun así fortísimo.

Este colosal encuentro cósmico dará lugar a la segunda parte de la trilogía, *Fundación e Imperio*, donde la súbita aparición de un factor imprevisible amenaza con desbaratar el gigantesco y meticuloso plan de los psichistoriadores. Pues dicho elemento perturbador es un mutante, un individuo dotado de extraordinarios poderes mentales y que la psichistoria no puede integrar en sus cálculos, ya que se trata de un individuo aislado y esta ciencia sólo puede operar sobre la base de grandes masas humanas (del mismo modo que la teoría cinética de los gases puede predecir el comportamiento global de millones de moléculas, pero no el de una molécula determinada).

Entonces entrará en escena la *Segunda Fundación*, dando paso a la tercera y última parte de la serie... Pero no an-

ticipemos los acontecimientos, pues uno de los mayores alicientes de la trilogía es su tratamiento poco menos que detectivesco... Un absorbente relato de intriga montado a una escala gigantesca, tanto espacial como temporal.

Cada una de las cinco partes que componen *Fundación*, así como las que integran los otros dos títulos de la trilogía, constituyen un relato autónomo (de hecho, inicialmente fueron publicados en revistas como relatos sueltos), aunque obviamente relacionado con los demás, como las partes de un texto de historia.

Del mismo modo, cada uno de los tres volúmenes de la trilogía constituye un todo en sí mismo, aunque una comprensión completa exige la lectura de toda la obra, y, a ser posible, en el orden indicado, que es el mismo que hemos seguido en su publicación.

Por último, por si algún lector se pregunta por qué esta introducción se titula «El ciclo de Trántor», y no, por ejemplo, «La trilogía de las Fundaciones», les aclararé que eso es algo que entenderán perfectamente... en cuanto concluya la serie.

CARLO FRABETTI

## Primera parte

# LOS PSICOHISTORIADORES

## 1

*HARI SELDON — ...Nació el año 11988 de la Era Galáctica; falleció en 12069. Las fechas suelen expresarse en términos de la Era Fundacional en curso, como -79 del año 1 E. F. Nacido en el seno de una familia de clase media en Helicón, sector de Arturo (donde su padre, según una leyenda de dudosa autenticidad, fue cultivador de tabaco en las plantas hidropónicas del planeta), pronto demostró una sorprendente capacidad para las matemáticas. Las anécdotas sobre su inteligencia son innumerables, y algunas contradictorias. Se dice que a la edad de dos años...*

*... Indudablemente sus contribuciones más importantes pertenecen al campo de la psicohistoria. Seldon conoció la especialidad como poco más que un conjunto de vagos axiomas; la dejó convertida en una profunda ciencia estadística...*

*... La más autorizada fuente de información sobre su vida es la biografía escrita por Gaal Dornick, que, en su juventud, conoció a Seldon dos años antes de la muerte del gran matemático. El relato del encuentro...*

Enciclopedia Galáctica<sup>[2]</sup>



Se llamaba Gaal Dornick y no era más que un campesino que nunca había visto Trántor. Es decir, no realmente. Lo *había* visto muchas veces en el hipervídeo, y ocasionalmente en enormes noticieros tridimensionales que informaban sobre una coronación imperial o la apertura de un consejo galáctico. A pesar de haber vivido siempre en el mundo de Synnax, que giraba alrededor de una estrella al borde del Cúmulo Azul, no estaba desconectado de la civilización. En aquel tiempo, ningún lugar de la Galaxia lo estaba.

Por aquel entonces, había cerca de veinticinco millones de planetas habitados en la Galaxia, y absolutamente todos eran leales al imperio, con sede en Trántor. Fueron los últimos cincuenta años en que pudo decirse tal cosa.

Para Gaal, aquel viaje era el punto culminante de su juventud y de su vida estudiantil. Ya había salido al espacio con anterioridad, de modo que el viaje, en sí mismo, no significaba gran cosa para él. En realidad, hasta entonces, sólo había ido al único satélite de Synnax para obtener unos datos sobre la mecánica de los desplazamientos meteóricos que necesitaba para una disertación; pero los viajes espaciales eran exactamente iguales tanto si se recorría medio millón de kilómetros como la misma cantidad de años luz.

Se había preparado un poco para el salto a través del hiperespacio, un fenómeno que no se experimentaba en simples viajes interplanetarios. El salto seguía siendo, y probablemente lo sería siempre, el único método práctico para viajar a las estrellas. Los viajes a través del espacio ordinario no podían realizarse a una velocidad superior a la de la luz ordinaria (un conocimiento científico que formaba parte de las pocas cosas serias desde el olvidado amanecer de la historia humana), y esto hubiera significado años de viaje para llegar incluso al sistema habitado más cercano. A través del hiperespacio, esa inimaginable región que no era ni

espacio ni tiempo, ni materia ni energía, ni algo ni nada, se podía atravesar la Galaxia en toda su longitud en el intervalo comprendido entre dos instantes de tiempo.

Gaal había esperado el primero de estos saltos con el temor contraído en la boca del estómago, y no resultó ser más que una insignificante sacudida, una conmoción interna sin importancia que cesó un instante antes de que pudiera darse cuenta de haberla sentido. Eso fue todo.

Y después de eso, sólo quedó la nave, grande y brillante; la fría producción de 12.000 años de progreso imperial; y él mismo, con su doctorado de matemáticas recién obtenido y una invitación del gran Hari Seldon para ir a Trántor y unirse al vasto y algo misterioso Proyecto Seldon.

Lo que Gaal aguardaba después de la decepción del salto era contemplar Trántor por primera vez. No dejaba de entrar en el mirador. Las láminas de acero se enrollaban en determinados momentos y él siempre estaba allí, contemplando el frío brillo de las estrellas, admirando el increíble enjambre nebuloso de un racimo de estrellas, como una conglomeración gigante de luciérnagas sorprendidas en pleno vuelo y detenidas para siempre. En cierta ocasión vio el frío humo de color blanco azulado de una nebulosa a cinco años luz de la nave, que se extendía sobre la ventanilla como una mancha de leche distante, llenaba la habitación de un matiz helado, y desaparecía de la vista dos horas después, tras un nuevo salto.

La primera visión del sol de Trántor fue la de una mota dura y blanca, perdida completamente en una miríada de otras iguales, y sólo reconocible porque estaba señalada en la guía de la nave. Las estrellas eran numerosas allí, en el centro de la Galaxia. Pero a cada salto, su brillo se incrementaba, haciendo que el resto se apagara, se enrareciera y empalidciera.

Un oficial se acercó diciendo:

—El mirador estará cerrado durante el resto del viaje. Prepárense para aterrizar.

Gaal le siguió, y agarró la manga del uniforme blanco con el distintivo de la nave espacial y el sol del imperio.

Preguntó:

—¿No podrían dejarme? Me gustaría ver Trántor.

El oficial sonrió y Gaal se sonrojó ligeramente. Se le ocurrió pensar que hablaba como un provinciano.

El oficial dijo:

—Aterrizaremos en Trántor mañana por la mañana.

—Me refería a que quiero verlo desde el espacio.

—Oh, lo siento, muchacho. Si esto fuera una nave de recreo no habría inconveniente, pero estamos bajando en picado, de cara al sol. Seguramente no te gustaría quedarte ciego, quemado y afectado por la radiación todo al mismo tiempo, ¿verdad?

Gaal se alejó de él.

El oficial siguió hablando:

—De todos modos, Trántor no sería más que una mancha gris, muchacho. ¿Por qué no haces un viaje espacial turístico cuando llegues a Trántor? Son baratos.

Gaal miró hacia atrás.

—Muchísimas gracias.

Era infantil sentirse decepcionado; pero el infantilismo afecta casi con la misma facilidad a un hombre que a un niño, y Gaal tenía un nudo en la garganta. Nunca había visto Trántor extendido ante él en toda su magnitud, tan grande como la vida, y no había creído tener que aguardar aún más.

## 2

La nave aterrizó en medio de numerosos ruidos. Hubo el lejano silbido de la atmósfera hendida, que se deslizaba a lo largo del metal de la nave. Hubo el monótono zumbido de los acondicionadores que luchaban contra el calor de la

fricción, y el rugido más amortiguado de los motores que aminoraban la velocidad. Hubo el sonido humano de hombres y mujeres que se amontonaban en las salas de desembarco y el crujido de grúas que levantaban el equipaje, el correo y el cargamento hasta el gran eje de la nave, desde donde, más tarde, serían trasladados a las plataformas de descarga.

Gaal experimentó una ligera sacudida indicadora de que la nave había dejado de moverse con independencia propia. La gravedad de la nave hacía horas que daba paso a la gravedad planetaria. Miles de pasajeros habían estado pacientemente sentados en las salas de desembarco, que se balanceaban con suavidad a impulsos de campos de fuerza para acomodar su orientación a la dirección cambiante de las fuerzas gravitacionales. Ahora descendían lentamente por las rampas que les llevarían a las grandes y abiertas compuertas.

El equipaje de Gaal era mínimo. Permaneció junto al mostrador, mientras lo examinaban rápida y expertamente, y lo ordenaban de nuevo. Su visado fue inspeccionado y sellado. Él no prestó atención a nada.

¡Aquello era Trántor! El aire parecía un poco más denso y la gravedad algo mayor que en su planeta de Synnax, pero ya se acostumbraría. Se preguntó si llegaría a habituarse a la inmensidad.

El edificio de desembarco era enorme. El techo se perdía en las alturas. Gaal pensó que las nubes casi podían formarse debajo de su inmensidad. No vio ninguna pared; sólo hombres y mostradores y el suelo convergente que desaparecía a lo lejos.

El hombre del mostrador habló de nuevo. Parecía molesto. Dijo:

—Siga adelante, Dornick.

Tuvo que abrir el visado y volver a mirarlo, para acordarse del nombre.

Gaal preguntó:

—¿Dónde... dónde...?

El hombre del mostrador señaló con el pulgar.

—Los taxis a la derecha y la tercera a la izquierda.

Gaal avanzó, y vio los brillantes rizos de aire suspendidos en la nada, que decían: TAXIS A TODAS DIRECCIONES.

Una figura surgió del anonimato y se detuvo frente al mostrador cuando Gaal se iba. El hombre del mostrador alzó la mirada y asintió brevemente. La figura asintió a su vez y siguió al recién llegado.

Llegó a tiempo de oír el destino de Gaal.

Gaal se encontró pegado a una barandilla.

Un pequeño letrero decía: SUPERVISOR. El hombre a quien se refería el letrero no levantó la vista. Dijo:

—¿Adónde?

Gaal no estaba seguro, pero incluso unos segundos de vacilación significarían una cola de varios hombres detrás de él.

El supervisor levantó la mirada.

—¿Adónde?

Los ahorros de Gaal eran escasos, pero sólo sería una noche y después tendría un empleo. Trató de aparentar indiferencia.

—A un buen hotel, por favor.

El supervisor no se impresionó.

—Todos son buenos. Nómbrame uno.

Gaal dijo, desesperado:

—El que esté más cerca, por favor.

El supervisor apretó un botón. Una delgada línea de luz se formó en el suelo, retorciéndose entre otras que brillaban y se apagaban, en diferentes colores e intensidades. Gaal se encontró con un billete en las manos. Brillaba débilmente.

El supervisor dijo:

—Uno con doce.

Gaal rebuscó unas monedas. Dijo:

—¿Por dónde he de ir?

—Siga la luz. El billete no dejará de brillar mientras vaya en la dirección correcta.

Gaal levantó la vista y empezó a andar. Había centenares de personas que se deslizaban por el vasto suelo, siguiendo su camino individual, esforzándose en los puntos de intersección para llegar a sus respectivos destinos.

Su propio camino se terminó. Un hombre con un deslumbrante uniforme azul y amarillo, hecho de plastrotexil a prueba de manchas, se hizo cargo de sus dos bolsas.

—Línea directa al Luxor —dijo.

El hombre que seguía a Gaal lo oyó. También oyó que Gaal decía: «Estupendo», y le vio entrar en el vehículo de proa achatada.

El taxi se elevó en línea recta. Gaal miró por la ventanilla curvada y transparente, maravillado ante la sensación de volar dentro de una estructura cerrada y asiéndose instintivamente al respaldo del asiento del conductor. La inmensidad se contrajo y las personas se convirtieron en hormigas distribuidas caprichosamente. El panorama se redujo aún más y empezó a deslizarse hacia atrás.

Enfrente había una pared. Empezaba a gran altura y se alzaba hasta perderse de vista. Estaba llena de agujeros, como bocas de túneles. El taxi de Gaal se dirigió a uno y entró en él. Por un momento, Gaal se preguntó cómo podría su conductor escoger uno en particular entre tantos otros.

Ahora sólo había oscuridad, sin otra cosa que la intermitencia de las señales luminosas de colores para atenuar la penumbra. El aire vibraba con un ruido de velocidad.

Entonces Gaal fue lanzado hacia adelante por la disminución de velocidad y el taxi salió del túnel y descendió una vez más a nivel del suelo.

—El hotel Luxor —dijo el conductor, innecesariamente.

Ayudó a Gaal a bajar el equipaje, aceptó una propina de un décimo de crédito con naturalidad, recogió a un pa-

sajero que le esperaba, y volvió a elevarse.

Hasta entonces, desde el momento de desembarcar, no había divisado el cielo.

### 3

*TRÁNTOR — ...Al comienzo del decimotercer milenio, esta tendencia alcanzó su punto culminante. Como centro del Gobierno imperial durante ininterrumpidos centenares de generaciones, y localizado, como estaba, en las regiones centrales de la Galaxia, entre los mundos más densamente poblados e industrialmente avanzados del sistema, no pudo dejar de ser el grupo humano más denso y rico que la raza había visto jamás.*

*Su urbanización, en progreso continuo, había alcanzado el punto máximo. Toda la superficie de Trántor, 1200 millones de kilómetros cuadrados de extensión, era una sola ciudad. La población, en su punto máximo, sobrepasaba los cuarenta mil millones. Esta enorme población se dedicaba casi enteramente a las necesidades administrativas del imperio, y eran pocos para las complicaciones de dicha tarea. (Debe recordarse que la imposibilidad de una administración adecuada del imperio galáctico bajo la poca inspirada dirección de los últimos emperadores fue un considerable factor en la Caída). Diariamente, flotas de decenas de miles de naves llevaban el producto de veinte mundos agrícolas a las mesas de Trántor...*

*Su dependencia de los mundos exteriores en cuanto a alimentos, y, en realidad, todas las necesidades de la vida, hicieron a Trántor cada vez más vulnerable a la conquista por el bloqueo. Durante el*